

Reseña de Michael Ruse, *Why We Hate. Understanding the Roots of Human Conflict*, Nueva York: Oxford University Press, 2022, 293 pp.*

Rodrigo Braicovich[†]

Why We Hate, del filósofo de la ciencia Michael Ruse, es una propuesta ambiciosa, controversial y sumamente actual. Esto último se hace evidente apenas arrojamos una mirada sobre el estado actual de los conflictos armados que se están produciendo a nivel mundial: al momento de escribir esta reseña, los conflictos armados internos y externos han dejado como resultado durante este año cerca de 240.000 muertes (siendo un 90% aproximado de ellos civiles), millones de refugiados y un proceso continuo y exponencial de militarización de estados directa o indirectamente vinculados con dichos conflictos. Entre los múltiples frentes bélicos abiertos al momento se destaca el conflicto interno en Birmania (con un acumulado histórico de muertes cercano a 250.000, y cuyo ejército ha sido provisto de armas –de acuerdo a un informe de la ONU– por Israel, China, Rusia y Ucrania, entre otros), la invasión de Rusia a Ucrania (que ya se ha cobrado la vida de más de 70.000 individuos –incluidos civiles–), el genocidio palestino en curso en Gaza por parte del Estado de Israel (que ha dejado hasta el momento cerca de 15.000 muertos –un 70% de ellos niños y mujeres–, y un 40% de las viviendas destruidas) en respuesta al ataque del 7 de octubre de 2023 del grupo terrorista Hamas (que dejó aproximadamente 1300 muertos), los conflictos civiles armados en Sudán, Etiopía y Magreb (totalizando cerca de 30.000 muertes solo en 2023).

El carácter obsceno de estos números choca de frente no solo con las pretensiones de autores liberales como Steven Pinker acerca de que “en la actualidad quizás estemos viviendo en la época más pacífica de nuestra existencia” (Pinker 2018, p. 19), sino también con las perspectivas más optimistas que hace no tantos años afirmaban que la caída del Muro de Berlín, el consiguiente afianzamiento definitivo del capitalismo como derrotero inevitable de las economías desarrolladas, y el fortalecimiento de las relaciones productivas y financieras sobre la base de un mercado mundial, darían inicio a una nueva era de prosperidad y estabilidad mundial, en la que los conflictos armados serían un mero recuerdo de un pasado inmaduro de la humanidad.

Ante el fracaso estrepitoso de tales predicciones, la propuesta de Ruse de reactualizar el debate acerca de la relación entre naturaleza humana, prejuicios y violencia no podría ser más bienvenida y necesaria.

Why We Hate persigue dos objetivos: el primero de ellos consiste en demostrar la falsedad de la hipótesis del primate asesino (“*killer ape hypothesis*”) [HPA de aquí en más] sobre la base de una argumentación evolucionista. Ruse propone un linaje preciso de aquella hipótesis (cuya paternidad debería ser atribuida a Raymond Dart, su popularización al premio Nobel Konrad Lorenz, y su continuidad en el ámbito académico a John Tooby y Leda Cosmides), y la sintetiza en la idea de que los seres humanos nacemos con una tendencia innata a la violencia aun hacia nuestro congéneres, de lo cual se deduce que la guerra está, de una manera u otra, inscrita en nuestros genes y representa, por lo tanto, el destino inevitable de la humanidad (la doctrina del pecado original es citada aquí como un precedente cultural cuya pregnancia en Occidente explicaría las razones del éxito de la HPA).

* Recibido: 22 de septiembre de 2023. Aceptado con revisiones: 13 de octubre de 2023.

† Universidad Nacional de Rosario/CONICET, Argentina. Para contactar al autor, por favor, escribir a: rbraicovich@gmail.com.

Metatheoria 13(1)(2022): 107-109. ISSN 1853-2322. eISSN 1853-2330.

© Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

© Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Publicado en la República Argentina.

Como alternativa a dicha hipótesis, Ruse propone dos premisas concatenadas o, cuanto menos, complementarias, que, según intenta demostrar, son más compatibles con la evidencia empírica existente hasta el momento: a) nacemos con una tendencia innata prosocial; b) nacemos con una tendencia innata a favorecer a quienes pertenecen a nuestro grupo (*ingroup tendencies*). Sobre la base de estas dos premisas, Ruse emprende un recorrido arqueológico, histórico y teórico estructurado en una doble aproximación a dos conceptos centrales: guerra y prejuicio. El relevamiento de los registros arqueológicos que propone en el primer capítulo (“The Biology of War”) favorece la idea de que la guerra es (contrariamente a lo que se deduciría de la HPA) un fenómeno relativamente nuevo, posterior a, o simultáneo con, el surgimiento de la agricultura hace unos 10.000 años. La escasez de tierras plétóricas de recursos que subsiguieron a la explosión demográfica que produjo la introducción de las prácticas agrícolas sedentarias condujo a la necesidad de adoptar actitud de autodefensa y/o de agresiones preventivas, con el objeto de preservar la acumulación originaria de recursos que constituiría el origen de las comunidades. Cabe notar en este punto, que si bien los autores clásicos con quienes Ruse dialoga en este capítulo son (no sorprendentemente) Hobbes y Rousseau, el abordaje materialista y dialéctico por el que termina decantándose la argumentación del autor lleva a preguntarse por la llamativa ausencia de referencias a El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado de Friedrich Engels, un texto con el cual se podrían establecer paralelos notorios, tanto respecto de las premisas de base como respecto del abordaje y de las conclusiones centrales del capítulo. Es ese mismo abordaje materialista, por otra parte, el que Ruse traslada al análisis de la evidencia proveniente de las sociedades actuales que han permanecido al margen de los procesos de occidentalización: de acuerdo al autor, en efecto, la proclividad al enfrentamiento armado no se explica, nuevamente, por una predisposición innata a la violencia, sino que es una función de la complejidad estructural de las comunidades y del acceso a los recursos de cada una de ellas. Y la evidencia proveniente del ámbito de la primatología parece refrendar las mismas conclusiones, en la medida en que la diferencia en cuanto a las tendencias agresivas y violentas de los chimpancés (*Pan troglodytes*) y la ausencia de tales tendencias en los bonobos (*Pan paniscus*) pueden ser explicadas a partir de la variable de la disposición de los recursos en las áreas en la que geográficamente se consolidó cada una de dichas especies (es decir, al norte y al sur del río Congo).

El ingreso en el segundo capítulo del libro (“The Biology of Prejudice”) marca un desplazamiento decisivo respecto del marco general de argumentación: excepto al momento de explicar el surgimiento de las clases sociales (que son el resultado de la apropiación del excedente de la producción) el abordaje materialista cede lugar en el análisis del concepto de prejuicio a una versión (extremadamente) moderada de Psicología Evolucionista. Este desplazamiento posee consecuencias decisivas: la primera de ellas radica en el hecho de que el foco ahora deja de estar puesto en las condiciones materiales sobre las que se organizan las sociedades (recursos, territorio, etc.) y pasa a estar puesto en las tendencias psicológicas innatas que, de acuerdo al autor, habríamos adquirido (por un proceso de selección natural) durante el período en el que (previo al surgimiento de la agricultura) merodeábamos por la tierra en bandas de cazadores recolectores. Las adaptaciones en cuestión serían las mencionadas unos párrafos atrás: una tendencia prosocial general (“Ningún hombre es una isla”, repite Ruse siguiendo a John Donne), y una tendencia a favorecer a los miembros de nuestro grupo, que, al menos desde un punto de vista conceptual, no implica necesariamente una tendencia a perjudicar, odiar ni destruir a los miembros de los otros grupos.

A pesar de ello, el mecanismo del prejuicio (que es el concepto central del capítulo) sí se construye sobre esta última tendencia, en la medida en que opera sobre la individualización de un colectivo a la totalidad de cuyos miembros se le atribuyen (al menos a priori) ciertas características consideradas negativas y contrarias a las poseídas por el grupo propio. No hace falta en este punto recurrir a Spinoza, Fichte o Hegel para comprender que uno de los polos se construye por oposición al otro, y si bien no se puede negar que uno puede existir en principio sin el otro (exaltar las virtudes de la propia patria no implica necesariamente enfatizar en el mismo acto los vicios de las naciones vecinas), lo cierto es que

dicho tipo de posicionamientos no suelen ser los más frecuentes en épocas de conflicto (que es lo que se trata de explicar mediante el recurso a adaptaciones psicológicas). A lo largo de los capítulos subsiguientes, Ruse hace gala de una vasta erudición tanto en cuanto a las particularidades de los procesos bélicos centrales de Occidente como a los principales debates en torno a la guerra y las condiciones que la justifican (tanto en cuanto a sus motivos como en cuanto a sus modos). Y es en el desarrollo acerca de cómo la interdependencia entre los conceptos de *ingroup* y *outgroup* (y sus valoraciones asociadas) fue históricamente utilizada por los políticos y estrategas de turno para conducir a pueblos enteros a conflictos ajenos, en donde se muestra lo más interesante de la propuesta del *Why We Hate* –que bien podría haber sido llamado por todo esto *Why We are Made to Hate*–. El recorrido propuesto por los capítulos tercero y cuarto (“The Culture of War” y “The Culture of Prejudice”), sin embargo, puede dejar en el lector una sensación de incompletud, en la medida en que parece conducir a la conclusión general de que los conflictos armados dependen del reclutamiento masivo de los mecanismos psicológicos innatos vinculados a *ingroup/outgroup*, pero deja en la oscuridad las razones por las cuales dichos conflictos son planificados y dirigidos, así como los beneficiarios de los mismos (cui bono). En otras palabras, si la primera parte del libro ofrecía respuestas vinculadas con la organización de las bases materiales de las sociedades, la segunda parte pareciera haber olvidado esa perspectiva, dando la sensación de que las guerras se producen sin demasiados motivos aparentes y por procesos cercanos al azar o el mero capricho de unos gobernantes no demasiado sabios (p. 215) o de “*killer apes*” aislados (Hitler, Stalin, o el joven Churchill). Un capítulo de cierre en el cual Ruse retornara sobre el abordaje materialista que estructuraba la primera parte del libro probablemente habría conducido a una imagen de conjunto sustancialmente distinta (y más cercana a abordajes como el de Ernest Mandel, 1986), en la cual se habría puesto de manifiesto algo que el propio Ruse sugiere tangencialmente de tanto en tanto: que, de modo directo o indirecto, los conflictos armados no tienen otro objetivo ni otros disparadores que el control de los recursos, aun cuando todos ellos se vean arropados con retóricas virtuosas y de justicia.

Why We Hate ofrece, en síntesis, un recorrido sumamente entretenido y muy bien escrito, que oscila de manera virtuosa entre la autobiografía y la erudición, en torno a un problema que, si la historia sirve de guía, se volverá cada vez más apremiante con las crisis recurrentes que ha comenzado a atravesar el capitalismo y la necesidad de encontrar chivos expiatorios: ¿a qué pueden ser llevados los pueblos cuando se los convence de que existe un otro a quien odiar?

Bibliografía

Mandel, E. (1986), *The Meaning of the Second World War*, Londres: Verso.

Pinker, S. (2018), *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, Barcelona: Paidós.